

Prólogo

El siglo XXI será el siglo de las mujeres. Ya nadie detiene el movimiento que ha constituido la mayor revolución del siglo que ahora acaba. La paridad entre el hombre y la mujer es una realidad en muchos ámbitos. Hay tantas universitarias como universitarios. Las jóvenes no buscan un título por distraerse o hacer algo, sino porque quieren usarlo. En estos momentos, la igualdad conseguida es bastante satisfactoria, pero no del todo. Aún hay obstáculos para una igualdad aceptable, de los cuales creo que deben destacarse dos: 1) en la vida privada se sigue discriminando a la mujer y se mantiene una división del trabajo muy tradicional, con pocos cambios; 2) el acceso de la mujer a cargos y puestos de mayor responsabilidad avanza con excesiva lentitud. El problema está, pues, en el nivel más bajo y en el nivel más alto.

Este libro es una reflexión sobre ambos obstáculos, las causas y razones de que sigan ahí y, sobre todo, las maneras de superarlos. ¿Cómo será, cómo debería ser el feminismo que viene? No podemos quedarnos en las mismas vindicaciones de hace casi un siglo. Hay que darle un giro al discurso feminista, introducir más diversidad en él y señalar las áreas en que debería ser más combativo. Hace un par de años di una conferencia en la Royal Society de Londres sobre la evolución de la mujer en la sociedad española. En ella

me refería a la rápida transformación de la situación de las mujeres en España, paralela, como es lógico, a la transformación política democrática. Tras hacer una sucinta exposición del estado de la cuestión actual, señalaba cuatro ámbitos que —sigo pensando— deberían ser los objetivos del nuevo feminismo: la educación, el empleo, la política y los valores éticos.

Educación no significa sólo escuela mixta, sino una educación que tienda efectivamente a la igualdad de oportunidades. Por otra parte, no debería ser tan complicado eliminar los vestigios sexistas de la educación, la cual ha estado casi siempre en manos de mujeres. Sin embargo, lo es. Lo es porque más difícil que cambiar las leyes es cambiar las mentalidades y las actitudes que se reproducen con todas las inercias y vicios del pasado sin que nos demos cuenta. La televisión y el consumo —la publicidad— no ayudan en absoluto a romper viejos esquemas y modelos que denunciamos como caducos. Por eso hay que aplicarse a subsanar los defectos de una educación que aún no es de verdad para todos, y a corregir las coyunturas que desvirtúan las mejores intenciones de la educación.

Otro ámbito es el del trabajo. La mujer ha entendido que su liberación pasaba por trabajar fuera de casa y equipararse al varón en cobrar por su trabajo. El estado de bienestar la ha ayudado en esa empresa, pero sólo a medias. La crisis del mercado laboral puede ser un impedimento insalvable para la ocupación de la mujer si ésta no toma de algún modo las riendas del asunto y sale al encuentro de la crisis por donde más pueda favorecerla. No es imposible hacerlo, pues lo que está cambiando es la misma concepción del trabajo, en un sentido más acorde con lo que ha sido la forma femenina de trabajo que con la masculina. No es imposible que la reorientación del trabajo, que está en puertas, vaya en beneficio de las mujeres, pero tampoco es imposible que las perjudique. En cualquier caso y para evitar que ocurra lo segundo, lo que hay que hacer es no distraerse y actuar.

El tercer ámbito en el que hay que empeñarse es el de la política como metáfora de la toma de decisiones. La exigen-

cia de una democracia paritaria, con igual participación de mujeres que de hombres es la reivindicación que predomina en el feminismo actual. Restringir esa ambición a la política propiamente dicha es darle una importancia que ni tiene ni merece. Las decisiones que importan y cuentan —las mínimas decisiones que pueden tomarse a nivel nacional en la época del pensamiento único— no son sólo las políticas. En la política, pero también en los órganos directivos de cualquiera de los demás poderes económicos y sociales, la presencia de mujeres tiene que dejar de ser una rareza.

Finalmente, en el discurso moral, hoy tan solicitado porque da la impresión de que es la única ideología presentable que nos queda, la mujer tiene cosas que decir, precisamente como mujer. Estamos bastante de acuerdo en que tanto la vida pública como la privada necesitan contravalores que detengan la presencia absoluta de los valores económicos y consumistas. El mantenimiento del estado de bienestar no tiene más remedio que contar con la ayuda que, hasta ahora, han venido prestándole las mujeres en sus casas cuidando a sus hijos, a sus ancianos o a sus enfermos. Pero ya no puede encargarles ese servicio exclusivamente a ellas. Tampoco puede prescindir de los valores que las mujeres han desplegado y dispensado gratuitamente para atender y cuidar a la familia, a los niños y a los ancianos. Todo necesita ser reordenado y redistribuido sin que ello signifique echar por la borda formas de vida y costumbres que merecen ser conservadas.

Estos cuatro ámbitos de acción van apareciendo a lo largo de los capítulos de este libro. No son los ámbitos típicos del feminismo, pero ahí está la gracia de lo que digamos en el futuro. El acceso masivo de las mujeres a la vida pública no debe mantenerlas atadas a unos asuntos y a unos temas que, aparentemente, sólo les interesan a ellas. En este fin de siglo, el feminismo ha de experimentar un vuelco decisivo que preludie, finalmente, su propia extinción. Pues no hay mejor prueba de haber ganado una causa que librarse del fastidio de tener que hablar de ella porque ya no es necesario hacerlo. El vuelco al que me refiero ha de saber evitar,

por una parte, ese «espíritu de cuerpo» que sólo consigue limitar el discurso a una cantinela de sobra conocida: el «nosotras las mujeres» debería desaparecer de la boca de las feministas. Por otra parte, las mujeres deben saber aprovechar la credibilidad que les otorga la novedad de su acceso a lo público. Si es cierto que muchos hombres, en especial los ya entrados en años, las contemplan con un temor y temblor que vislumbra consecuencias claramente desfavorables para ellos, también lo es que en el clima que nos rodea, de desprestigios y descalificaciones incesantes, los cambios y novedades son un aire fresco bien recibido. Ése es un capital que hay que utilizar con inteligencia y buen sentido.

Debiera dar las gracias a todas las filósofas y pensadoras en general que me han aportado ideas porque han sido pioneras en esta guerra. Yo no lo he sido, lo reconozco: mi acercamiento al feminismo siempre fue tímido y un poco lateral. Por eso mi deuda es mayor, y lo es, en especial, con mi discrepante y, sin embargo, muy buena amiga, Amelia Valcárcel. A su insistencia hasta convencerme para poner en limpio estas páginas se debe que sean publicadas en un libro.

Sant Cugat del Vallès (Barcelona), verano de 1997